

## **Bojayá 2002, un pueblo entre el miedo y los medios**

Por Carolina Lancheros y Julián Rincón  
Cortesía de eltiempo.com

Bajo la llovizna de una mañana de septiembre, Luis Eduardo Mosquera vio cómo su hermano Miguel Ángel, de 14 años, se arrodilló.

Estaba en la pista de aterrizaje de Vigía del Fuerte, en el Atrato antioqueño, esperando que uno de los helicópteros militares lo aplastara. Luis Eduardo corrió hasta el lugar donde el pequeño esperaba su final y evitó su muerte.

Ya habían pasado cuatro meses desde el jueves 2 de Mayo cuando los pobladores de Bojayá, municipio chocono asentado en la otra orilla del Atrato justo en frente de Vigía del Fuerte, buscaron refugio en la iglesia en medio de una batalla campal entre guerrilleros y paramilitares, y una pipeta de gas se coló por el techo del templo segando la vida a 119 personas.

Se estaba acabando ese fatídico año en el que Luis Eduardo, sus hermanos y otros sobrevivientes de la masacre habían huido desplazados hacia Quibdó, y en septiembre, tentados por las promesas del Gobierno y convencidos de que la situación de hacinamiento y de miseria en la capital eran invivibles, decidieron retornar a Bojayá.

Miguel Ángel no podía borrar de su mente el recuerdo de la iglesia destruida. Volver era encontrarse nuevamente con los vestigios del dolor que noche a noche martirizaban su vida. Por eso decidió que lo mejor era morir. En la huella que dejan en el suelo los helicópteros militares en el aeropuerto de Vigía del Fuerte creyó encontrar la ubicación perfecta para morir aplastado. Sin embargo, Luis Eduardo se percató de las intenciones de Miguel, corrió hasta ese lugar y lo convenció de que no lo hiciera.

Luis Eduardo Mosquera tampoco olvida el amargo 2 de mayo cuando Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, amaneció en un silencio insoportable. En las calles sólo permanecía el olor rancio de los pescados encubetados. El crujir de los pilotes que sostienen las casas de madera hacía olvidar el sonido tradicional de requintos y tambores que antes alegraban al pueblo.

La noche anterior unas 500 personas buscaron protección en la Iglesia San Pablo Apóstol, en la Casa de las Hermanas Agustinas y en la Casa Cural para protegerse de un enfrentamiento que los Frentes 5 y 57 del Bloque José María Córdoba de las Farc sostenían en el casco urbano contra el Bloque Élmer Cárdenas de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá.

## **Teatro de operaciones**

La población sentía la presencia amenazante desde el domingo 21 de abril del 2002, cuando las autodefensas decidieron recuperar esta zona clave para el abastecimiento de armas y droga, y para la implementación de megaproyectos como el cultivo de palma africana.

La entrada de las autodefensas en 1996 para disputarle estos territorios a la guerrilla significó que la comunidad quedara entre dos fuegos. Desde ese año ambos actores armados vienen asesinando líderes y han impuesto sus esquemas de explotación y sus modelos económicos.

Los habitantes son obligados a entregar sus tierras a precios irrisorios. Se dice que hay pobladores que han tenido que vender sus propiedades y no reciben ni la cuarta parte de lo que pueden valer.

Paradójicamente, el conflicto en el Chocó se agudizó a raíz de la Ley 70 de 1993, la cual establece que el Gobierno Nacional debe titular 3 millones 243 mil 19 hectáreas mediante la expedición de 61 títulos, beneficiando cerca de 32 mil familias afrocolombianas.

Aunque legalmente las negritudes pueden poseer sus tierras, hay intereses económicos de multinacionales, narcotraficantes e insurgentes que procuran el desplazamiento para explotar las tierras baldías y con la ayuda de funcionarios públicos corruptos tramitan las licencias.

Por otra parte, la explotación indiscriminada de madera ha generado erosión, contaminación de los ríos por utilización de químicos y pérdida del ecosistema. La llegada de colonos paisas que convierten la selva del Chocó en zona ganadera, ha afectado la biodiversidad de la región, reconocida como una de las más ricas del planeta.

Allí impera un panorama de explotación irracional de recursos, de corrupción de las entidades estatales y de sometimiento de las comunidades, que soportan las injusticias y prefieren salir desplazadas, mientras que otras permanecen en este territorio tentadas por el dinero.

## **Población de los guerreros**

La presencia de guerrillas en el Bajo Atrato comenzó a finales de los 80 cuando llegaron insurgentes del M19, las FARC, el ELN y el EPL después de ser expulsados de Urabá, Antioquia y Córdoba por los paramilitares.

Pero el acoso de las autodefensas contra la guerrilla era incesante y en 1996 su presencia se sintió en el Chocó con bloqueos económicos, amenazas, persecuciones, asesinatos y desapariciones.

Como reacción a este avance paramilitar, las Farc y el ELN reforzaron a partir del 2000 su presencia en el Medio Atrato. El 25 y 26 de marzo se tomaron simultáneamente Vigía del Fuerte y Bojayá y acabaron con la vida de 21 policías y 9 civiles, entre ellos el entonces alcalde de Vigía, Pastor Damián Perea, cuyos vínculos con las autodefensas eran vox pópuli.

El dominio de la guerrilla era evidente; controlaban el territorio comprendido entre Las Mercedes, en Quibdó y Boca de Curvaradó, en el Carmen del Darién, hasta aquel domingo 21 de abril de 2002 cuando 250 hombres del Bloque Élder Cárdenas de las Autodefensas decidieron recuperar la zona.

### **Comienza la tensión**

Partiendo desde Turbo pasaron por Punta de Turbo (retén permanente de la Marina que exige la presentación de documentación y una requisa), siguieron por Riosucio (retén permanente de la Policía Nacional) y salieron con rumbo hacia Bellavista-Bojayá (retén permanente del Ejército).

Después de navegar río arriba con el beneplácito de las Fuerzas Armadas colombianas, llegaron en 7 pangas (embarcaciones de alto cilindraje que alcanzan grandes velocidades) hasta el casco urbano de Vigía del Fuerte.

Esa mañana en Bojayá se llevaba a cabo una misa para conmemorar el día de los sacerdotes. Luis Eduardo Mosquera, su familia y gran parte del pueblo se encontraban en la homilía celebrada por Antún Ramos, que se ordenaría el 6 de mayo después de un año de preparación. Se enteraron a las once de la mañana de la llegada de los paramilitares y sorprendidos esperaron lo peor, porque horas antes habían visto hombres de las Farc deambular por las calles.

Después de la celebración, el padre Antún Ramos caminó hasta la casa de las Hermanas Agustinas y en la puerta fue encañonado por un paramilitar que amenazó con matarlo si no lo dejaba entrar a buscar unos jóvenes que se habían refugiado allí. Sin sentir miedo el padre le cerró el paso al insurgente y con voz pausada, como si sintiera el aval de Dios, le dijo: “Yo soy el párroco de este lugar”.

Arrepentido, el hombre se persignó mientras el padre pedía que lo dejara hablar con su comandante, quien se hacía llamar Lince 1. El paramilitar facilitó el encuentro y el jefe insurgente propuso una reunión con la comunidad para explicar

el proyecto y la razón de su llegada. Pero el padre se negó y reclamó respeto por la población civil.

Con la responsabilidad propia del líder del pueblo y ese aire de deportista que no revela su oficio de guía espiritual de los bojayaseños, el Padre Antún visitó una a una las casas del pueblo para brindar tranquilidad a los habitantes.

El enfrentamiento era inminente y cada parte tomaba su posición. Los paramilitares se ocupaban de fortalecer sus campamentos a la orilla del río e instalaron retenes en la zona, argumentando que mientras ese territorio fuera de Colombia, ellos de ahí no se irían. Los guerrilleros se replegaron a la zona rural del municipio y algunos se ubicaron en la frontera delineada por el inicio de la selva. Fue así como el jueves 25 de abril retuvieron y saquearon 'El Arca de Noé', una embarcación de madera multicolor, que navega por el Atrato distribuyendo víveres a las tiendas comunitarias de la región y combustible para la movilización de los equipos misioneros.

Entre tanto, los habitantes liderados por Luis Eduardo Mosquera se preparaban para leer la Declaratoria de Autonomía que exige a los violentos el respeto por los lugares de habitación y por los sitios de encuentro de la población civil, y que surgió luego de que paramilitares asesinaran en 1999, al padre Jorge Luis Mazo y al cooperante vasco Iñigo Egiluz, pertenecientes a la ONG Paz y Tercer Mundo, cuando terminaban un día de entrega de alimentos.

Ese comunicado es el arma de la población desde entonces: se le da a conocer a los paramilitares, se le reitera a la guerrilla, y al Ejército se le exige que cumpla con el papel constitucional para el que fue creado.

### **Alertas tempranas**

Por su parte, la Comisión Vida, Justicia y Paz de la Diócesis de Quibdó y la Defensoría del Pueblo enviaron a diversas autoridades las alertas tempranas luego de percatarse de la presencia amenazante de los grupos insurgentes.

La Defensoría emitió la alerta el 26 de abril después de haber visitado el área y advirtió sobre los riesgos de un posible enfrentamiento entre los grupos ilegales.

La oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos ya había enviado el 23 de abril un comunicado oficial al Gobierno, expresando su preocupación e instando a las autoridades a tomar las medidas oportunas y adecuadas para proteger a la población civil.

Pero la única respuesta escrita recibida por la Oficina fue la enviada por la Procuraduría el 24 de abril, en la que transmitía su solicitud urgente a los ministros del Interior y de Defensa para que otorgaran una “directa atención a los sucesos que en forma reiterada alteran la tranquilidad en las poblaciones chocoanas”.

La semilla del temor que estaba creciendo en el Atrato provocó la salida de unos cuatrocientos habitantes de la población; en ese momento era preferible convertirse en desplazado que en carne de cañón. Llegaron a poblaciones cercanas y algunos incluso a Quibdó y se sumaron a las 6.610 personas que acababan de salir damnificadas por las lluvias permanentes de la región.

### **Así se produjeron los enfrentamientos**

A las 6 de la mañana del primero de mayo los paramilitares fueron sorprendidos por disparos de la guerrilla.

Regresaban en un bote hacia Vigía del Fuerte después de escuchar la Declaratoria de Autonomía, y así se inició un enfrentamiento en el que murieron el comandante paramilitar ‘Camilo’ y uno de sus acompañantes.

Luis Eduardo Mosquera escuchó los disparos y presencié el repliegue de los ‘paras’ a Bojayá, pero también vio cómo una ráfaga hería de muerte a Diego Luis, un campesino de 53 años, que cayó en las aguas del Atrato, el mismo río donde Luis Eduardo había nacido 21 años atrás mientras su madre cruzaba en una embarcación platanera de más de 10 metros de largo, llamada champa.

Desde entonces se le conoció como el ‘Chan’, apodo que años más tarde vino a consolidar cuando, tal como el actor Jackie ‘Chan’, alcanzó el cinturón negro en taekwondo.

‘Chan’ es un negro alto y musculoso, de nariz ancha y mejillas angulosas. Lo que más sorprende de él es que después de todo lo que ha visto con esos ojos pequeños y chispeantes, siempre tiene en su mente una poesía y en sus labios gruesos una constante sonrisa de expresión amable.

Es el segundo de cinco hermanos. Su madre murió de un problema gástrico por falta de asistencia hospitalaria y su padre, don Luis Eduardo, navega en el río todas las mañanas encomendado a Olosa, diosa africana protectora de los pescadores.

Cuando empezaron a llegar los insurgentes a la región, el negro era propietario de la Peluquería “El Chan”, donde por tres mil pesos realizaba los cortes que había

aprendido observando, y ya casi peluqueaba a todo el pueblo. Con eso mantenía a su esposa y ayudaba a su familia.

Ese primero de mayo, después de oír las ráfagas y de ver morir a Diego Luis, corrió a la casa donde lo esperaba su mujer, que estaba a tres cuadras de la iglesia y a cinco de la vivienda que compartían sus hermanos y su padre.

La suya era un rancho de madera, como muchas del pueblo. Pero la de sus vecinos, una pareja con dos hijos, estaba mejor construida; ellos les ofrecieron asilo y allí pasaron el día las dos familias mientras los disparos arreciaban.

Caía la noche y los paramilitares empezaron a escudarse en las casas, los guerrilleros respondían y los pobladores se amontonaban en la iglesia, a donde habían llegado durante el día buscando refugio por ser la edificación de cemento más grande y por tratarse de un lugar sagrado.

A nadie se le pasó por la cabeza que fueran a irrespetar el templo; a nadie se le ocurrió que meterse allí marcaría el último día de sus vidas.

Todavía en la casa vecina, Luis Eduardo se asomó por la ventana y vio a un paramilitar recostado contra esta que se alistaba a disparar hacia el río. El negro pensó que los fogonazos del arma delatarían la posición del combatiente y los pondría a todos como objetivo de un contrafuego.

Ya la casa había recibido algunos disparos por donde se filtraba la luz oblicua de los primeros relámpagos de una tormenta que se acercaba. Entonces 'Chan' tomó la tranca de la puerta y con una camiseta blanca improvisó una bandera de paz.

### **Pasos difíciles en la oscuridad**

Hacer ese acto simbólico en medio de un enfrentamiento era una idea descabellada, pero aun más arriesgado era quedarse a esperar el ataque.

Salieron en medio de la noche que ya dejaba caer las primeras gotas y mientras ubicaban el lugar de la siguiente pisada con el agua hasta la cintura, de sus gargantas salía un coro que suplicaba respeto por sus vidas.

Llegaron a la iglesia donde encontraron a unas trescientas personas. Las otras estaban en la casa de las Hermanas Agustinas y en la Casa Cural, únicas construcciones de ladrillo en un pueblo hecho con sudor y piel, como dice Luis Eduardo de su pueblo donde casi todas las viviendas son de madera.

Adentro el padre Antún lideraba el refugio y las plegarias que imploraban la ayuda del cielo para que pasara pronto este trance aterrador. Lo acompañaban el Padre Janeiro Jiménez y el padre Antonio.

Buscando comodidad, entre todos corrieron las bancas hacia las paredes y colocaron en el piso las colchonetas de los aeróbicos que, bajo el aval del padre Antún, coordinaba 'Chan' tres días por semana.

Aunque era un hombre atlético, el negro sufría de un viejo temor que lo obligaba a ubicar los sitios seguros de los lugares a los que llegaba. Y la iglesia, con apenas 20 metros de largo por 10 de ancho, una puerta de metal y unas cuantas ventanas de hierro moldeado, no le ofrecía más posibilidades de protección que una columna de cemento armado.

La buscó y cuando estuvo ubicado con su mujer y sus vecinos, 'Chan' reconoció a muchos habitantes del Barrio Pueblo Nuevo de Bellavista-Bojayá, y se tranquilizó al ver a su padre y hermanos al otro lado de la iglesia.

### **Una noche inquietante**

La llovizna se convirtió en tempestad y cesaron los combates. Ya era media noche, volvía una calma impaciente. El calor se hacía insoportable y la noche transcurría en medio de sollozos y hambre.

El padre Antún, como en el pasaje bíblico, se aprestaba a multiplicar agua y alimento para la gente. Con el mercado de los tres sacerdotes debía calmar el hambre de las trescientas personas que se encontraban en la iglesia.

Algunos se arriesgaron a ir por comida a las casas. En un acto de bondad Don Ricardo, el panadero, ofreció la producción del día; aprovechando el imprevisto cese del fuego, 'Chan' y otros cuatro habitantes salieron de la iglesia a buscar el pan.

Sin embargo, al llegar encontraron las puertas forzadas y las estanterías casi desocupadas. Los paramilitares se les habían adelantado. Entonces cogieron lo que quedó y regresaron al templo.

Así pasaron la noche. Ya comenzaba a amanecer cuando tocaron la puerta, eran dos paramilitares que buscaban a Juan Marcelo Vásquez, el médico, para que le practicara la autopsia al comandante 'Camilo' y al otro paramilitar.

Luis Eduardo no entendía la presencia de Marcelo en la iglesia. Hacía tiempo este médico, que le dio estudio y se convirtió en su consejero muchos años atrás, había partido del pueblo.

Cuando el doctor pidió colaboración, 'Chan' vio la oportunidad de devolver un favor y se ofreció. Ahí sumaría una nueva experiencia, según él, la de 'rajador de muertos'.

Cuando terminaban de establecer que un tiro de fusil destruyó el hígado y causó la muerte al comandante, se reiniciaron los combates. Lo cosieron a contrarreloj y regresaron a la Iglesia donde se sentaron a beber una botella de aguardiente lejos de la esposa de 'Chan', que no se le acercaba porque, según ella, tenía impregnado el olor a muerto.

Mientras bebían, Juan Marcelo explicó el motivo de su visita. Había regresado a cobrar un dinero que le adeudaban de su trabajo, pero esa noche la guerra lo cogió sin plata y pasando tragos de amargura, rabia y desespero.

### **Reanudación de los ataques**

Ya eran las 10 de la mañana cuando dos guerrilleros instalaron un lanzador de pipetas en el patio de cemento de una casa del barrio Pueblo Nuevo, a unos 400 metros de la iglesia. El objetivo era provocar el repliegue paramilitar hacia el sur.

Media hora después lanzaron la primera pipeta. Cayó en una casa a cincuenta metros de la iglesia. Seguidamente, cayó otra en el patio trasero del puesto de salud.

Itsmenia, la loca del pueblo, empezó a gritar por la calle que viene del río y que termina en la puerta del templo. Coherencias o incoherencias ya nadie ponía atención a sus palabras. Solo un disparo la calló.

Juan Marcelo y 'Chan' salieron de la iglesia a socorrerla y vieron de reojo cómo la tercera pipeta, cargada con metralla y puntillas, se colaba por el techo de la iglesia. Eran las 10:45 de aquel macabro 2 de mayo.

Murieron 119 personas. Eran 48 niños y 67 adultos que segundos antes habían escuchado las explosiones y las ráfagas; habían sentido el impacto que segó la vida de Itsmenia y luego, tras un eco ensordecedor, ellos también perdieron la vida.

Lo que vino después fue un cuadro horrendo: gente desmembrada buscaba la salida. Llantos, gritos, angustia. Los que apenas se daban cuenta que estaban vivos, reaccionaban ante sus heridas y corrían despavoridos.



En medio del caos, el padre Antún vio a un hombre sin cabeza caminar por el centro de la iglesia y perplejo invocó a Dios y al ánima de su madre muerta dos meses atrás.

El objetivo ahora era tratar de salir de la iglesia y llevar a los heridos a la casa de las Hermanas Agustinas Misioneras. La labor se hacía imposible porque los guerrilleros recrudecieron el enfrentamiento.

Luis Eduardo corrió hacia la iglesia a buscar a su mujer. Alguien abrió la puerta y una estampida salió en pánico. 'Chan' vio pedazos de órganos que resbalaban por la pared y ayudó a decenas de heridos que salían de todas partes.

En medio de la confusión divisó a su mujer cerca de la columna que había escogido como refugio. Estaba aletargada y con la piel hecha barro por el cemento y las lágrimas. La tomó entre sus brazos y serpenteó por entre el chiflido de las balas hasta la casa de las Agustinas.

### **Un representante de Dios**

Allí estaba también el padre Antún. De una herida en la frente le bajaba un hilo de sangre por el rostro y como una corona de espinas no podía quitarse de la mente el haber visto la pipeta que cayó sobre el altar de su iglesia y hundió el piso que soportaba a decenas de personas, ni tampoco, el ver cómo se destruyó el par del pequeño crucifijo que se convertiría en el símbolo de la masacre de Bojayá.

Lo reconfortaba la confianza que la gente tenía depositada en él como representante de Dios; la decisión era salir de la población hacia un lugar seguro. Vigía del Fuerte en ese momento se convirtió en "la tierra prometida". Los sobrevivientes estaban dispuestos a hacer lo que él dijera.

Tal como la noche anterior, Luis Eduardo improvisó una bandera de paz que entregó al religioso. Antún, que en una lengua africana significa 'salvador', encabezó una marcha de trescientas personas que coreaban a viva voz: "¿Qué somos?: Población civil; ¿Qué exigimos?: el respeto por la vida".

Así marcharon unos 150 metros en medio del combate hasta la orilla del río. Se embarcaron en dos botes plataneros. Mientras bajaban a los heridos en Vigía, Luis Eduardo que esperaba en la orilla de Bojayá para el segundo viaje, se acordó de repente de su padre y sus hermanos.

Quiso regresar a buscarlos en la iglesia o internarse en la manigua, pero debía permanecer con el grupo hasta que estuvieran a salvo.

Ya en Vigía escucharon el lanzamiento de una cuarta pipeta que cayó sin explotar detrás de la casa de las Misioneras Agustinas. Así se reiniciaba la confrontación que duraría hasta el lunes siguiente.

### **En poder de las Farc**

En la mañana del viernes 3 de mayo las Farc anunciaron haber retomado el control de Bellavista-Bojayá y en un cese de hostilidades por una tregua no pactada, permitieron que una comisión regresara a la localidad para evacuar a los heridos, y reconocer y enterrar a los muertos en un lugar a las afueras de la población.

Entre tanto, Luis Eduardo que ya había encontrado a sus hermanos María, Miguel Ángel y José Abricel, continuaba buscando a su padre. Con el ánimo de encontrarlo se ofreció de voluntario junto con otros cuatro hombres para ir a Bojayá a recoger los cadáveres. Al llegar al templo lo vio de golpe, estaba sin vida, con un disparo en el pecho que insinuaba que después del lanzamiento del explosivo la guerrilla siguió disparando.

Entre los muertos, también encontraron algunos heridos como un joven que llevaba más de un día con una varilla clavada en el estómago. Había sobrevivido todo ese tiempo gracias a la ayuda de una mujer que tiene fama de desquiciada en el Chocó y que dice tener 35 mil hijos y una vida de 200 años.

Ella, que se siente la matrona de los negros del Atrato, les contó cómo esa noche salvó personas y juntó cuerpos, y cómo a veces, cuando no coincidían, juntó dos manos derechas o dos pies izquierdos, e incluso intentó unir cráneos a espinas dorsales sin dueño.

Cuando la comisión empezó a enterrar los restos, la tregua se rompió por el reinicio de los enfrentamientos entre guerrilleros y paramilitares. Entonces debieron dejar los cuerpos de otras cincuenta y una personas en bolsas negras de polietileno en una panga atrateña hasta el lunes siguiente cuando el grupo sepulturero pudo retornar.

### **La llegada de los periodistas, otra confusión**

En la madrugada del viernes 3 de mayo Paco Gómez Nadal, en Bucaramanga, y Jesús Abad Colorado, en Medellín, escucharon la noticia.

La cadena radial que emitía no sabía nombrar el sitio: “Borrajá, Boyajá”, decían. Para completar, este es uno de los pocos pueblos del país que tiene dos nombres,

ya que si bien el municipio se llama Bojayá, su cabecera es conocida como Bellavista.

En el noticiero de radio entrevistaban al comandante del Batallón Alfonso Manosalva Flórez, de Quibdó, coronel Orlando Pulido quien consideraba que hablar de 50 muertos por la explosión de una pipeta era una especulación.

Para Colombia fue un episodio más de la guerra por entregas que se vive desde los medios de comunicación. Para Paco y Jesús Abad, el hecho ocurrido en Bojayá era el resultado de la historia de un conflicto que azota a la región pacífica desde hace varios años y que pocos se han ocupado de contar.

El cariño que sentía por esta tierra desde hacía cinco años, cuando llegó de España para hacer sus pasantías en el Colombiano de Medellín, motivó a Paco Gómez, ahora periodista de El País de Madrid, a viajar hasta Bojayá a acompañar a los atrateños.

Se comunicó con Jesús Flórez, de la Diócesis de Quibdó, y le ofreció su ayuda. El pastor le pidió "palabras". Le pidió contar la historia y decir que la vida en el Chocó la sostiene la iglesia, que si no fuera por el trabajo de los religiosos, del equipo diocesano, de las hermanas, de los curas, las cosas serían peores.

Así fue el día de la masacre, cuando los religiosos se encargaron de la alimentación, el abrigo y el transporte de las víctimas mientras el Gobierno se preocupaba por recuperar la zona enviando las tropas que de haber estado allí hubieran podido impedir la barbarie.

El padre Jesús, en Quibdó, fue el puente de información con Medellín. Fue él quien relató a Paco que nadie había podido llegar a la zona y que se hablaba de 80 muertos.

El español llegó esa misma tarde a la capital chocoana donde vio necesaria la presencia de un fotógrafo. No dudó en llamar a Medellín a Jesús Abad Colorado, un paisa de ojos afinados y "con sentido de corazón", como él mismo se describe.

Los dos se sorprendieron al conversar por teléfono y notar que tenían la misma necesidad de viajar a la zona. El recrudecimiento de los combates en Vigía del Fuerte y la inundación de la pista del aeropuerto hicieron desistir a Jesús Abad de viajar en un helicóptero del Programa Aéreo de Salud hasta la población.

Finalmente se reunió con el periodista español en Quibdó donde ambos participaron en una reunión en la que determinaron los riesgos de ingresar a la zona.

La alternativa fue viajar en una lancha de la Defensoría del Pueblo que, con el aval de la Diócesis de Quibdó, les permitió hacer parte de la comitiva porque conocían su trabajo y sabían que por ser periodistas independientes no pondrían en riesgo la misión.

### **Un viaje accidentado**

Partieron el domingo 5 de mayo. Cuando se encontraron con el primer retén de las Farc los reporteros fingieron ser sacerdotes. Gracias a eso y al poder de los verdaderos religiosos y del Defensor del Pueblo de Chocó, Alberto Bóder, pudieron continuar.

Mientras navegaban hacia Bojayá vieron campesinos que salían a la orilla pidiendo ayuda. Sus pueblos estaban inundados. Esto hacía aún más tenso el viaje, no solo por la incertidumbre de lo que encontrarían en el sitio de la masacre sino por descubrir que la realidad del Chocó permanecía invariable.

Diez champas en que viajaban hacinados huérfanos y viudas empezaron a sugerir el panorama que encontrarían al llegar. Eran el preámbulo de una procesión de desplazados que viajaba hacia Quibdó huyendo de los combates.

El pánico se apoderó del médico de la comitiva, un guajiro que amenazó con tirarse al agua si continuaban avanzando y les hizo pensar en devolverse; pero entre todos lograron calmarlo y tomaron la decisión de seguir. Dos horas después llegaron a Vigía en una tarde húmeda y caliente de domingo.

Bojayá era entonces un pueblo fantasma que se descubría al mirar al otro lado del Atrato. Allí solo quedaban algunos combatientes que, apostados en la cabecera del pueblo o atrincherados a orillas del río, mantenían el fuego. Los acompañaban los cincuenta y un cadáveres que flotaban en la champa sobre el río Bojayá, afluente del Atrato.

Paco Gómez sentía el desespero de la gente y recordaba con nostalgia la alegría que antes se percibía. Por eso, durante las 26 horas que permaneció allí, recogió los testimonios de los sobrevivientes y armó, con base en sus conocimientos del Chocó, una historia que luego publicarían 45 diarios del mundo.

Por su parte, Jesús Abad captaba con su cámara la desolación de la gente. Nadie lloraba. Los muertos, muertos estaban, pero para los sobrevivientes apenas empezaba la tragedia del desarraigo y la incertidumbre.

### **Reporteros atrapados**

Mientras tanto, los periodistas de los medios nacionales no hallaban la forma de llegar a la zona. Algunos se quedaron en Medellín esperando transporte directo hasta Vigía, otros llegaron a Quibdó en busca de transporte por el río.

Pero los militares habían prohibido viajar a Bojayá con el argumento de que hasta que no se recuperara el control de la zona no podían garantizar la seguridad de los comunicadores. Sin embargo, algunas versiones parecen sugerir que la verdadera razón de la negativa era demorar la llegada de los periodistas para evitar la consecución de información sobre una matanza que se habría podido evitar.

Entonces, los periodistas presionados por la gravedad de la noticia, montaron el centro de recepción de información en la capital chocona. Las historias que se emitían se sustentaban en simples rumores y tuvieron que apelar a los comunicados de la Diócesis de Quibdó, mientras conseguían testimonios de las víctimas de la tragedia.

Fueron los relatos de los desplazados que iban llegando a Quibdó los que permitieron a los periodistas comenzar a narrar al resto de colombianos la situación que se vivía en el medio Atrato.

Paco y Jesús Abad hacían lo propio en Vigía del Fuerte. A las 4 de la tarde del domingo un guerrillero autorizó que ellos, el padre Jesús Flórez y una religiosa cruzaran el río hacia Bojayá.

Llegaron a la otra orilla, pero uno de los comandantes guerrilleros les negó el ingreso y debieron permanecer dentro de la champa donde les llegaba el olor nauseabundo que salía de las bolsas negras de la panga abandonada.

Esperando el permiso para ingresar a la iglesia vieron a unos guerrilleros que traían a un hombre enfermo. Se sorprendieron al descubrir que era el padre Janeiro Jiménez emparamado y con hongos en los pies. Los guerrilleros lo habían encontrado en la ciénaga en un evidente estado de shock psicológico y lo transportaron a Vigía, donde días después le diagnosticaron paludismo.

Cuando caía la noche fueron testigos de otra escena impactante: guerrilleros enlodados y con las botas encharcadas se movilizaban por la orilla del río; una muchacha que encabezaba el grupo hizo una pausa frente a la panga que contenía los cadáveres y vomitó. “Es que la guerra es muy hijueputa”, atinó a decir impávido un compañero que la secundaba.

## **Una noche de insomnio**

Después de dos horas de espera y aún con la escena en la cabeza, periodistas y religiosos tuvieron que regresar a Vigía. Pernoctaron en la casa de las hermanas Agustinas donde, atemorizados por los ataques aéreos del Ejército, improvisaron parapetos con mesas y colchones.

Allí el insomnio era contagioso. Nadie de la comitiva pudo dormir. Además de los disparos, la calma de la noche era rota por las rancheras que, borracho, entonaba el médico Juan Marcelo. Estaba sentado con Luis Eduardo bebiendo aguardiente.

Paco se acercó y habló con ellos. El médico repetía incesante que el infierno no lo había conocido Dante sino los habitantes de Bojayá, pueblo que decía querer de todo corazón. No hay evidencia cierta pero muchos dicen que fue el dolor de la tragedia el que le produjo un infarto meses después en una playa de Coveñas, que terminó matando a este hombre que aún alcoholizado ayudaba a sostener una familia chocona.

El lunes temprano, 'Chan' y los otros cuatro voluntarios encargados de la sepultura volvieron a Bojayá a terminar su tarea. La Alcaldía había ofrecido dos millones de pesos a cada uno por terminar de enterrar a los muertos y recoger los que quedaban en el templo.

Los cinco hombres sacaron los cuerpos de la champa abandonada desde el viernes y los cubrieron con tierra. Luego regresaron a la iglesia y acompañaron a Jesús Abad y Paco que indagaban a un comandante guerrillero para que diera su versión de los acontecimientos.

A pesar de que expuso toda su filosofía para justificar el ataque, reconoció que la explosión en la iglesia fue un error. Y así, tras esa revelación, les permitió ingresar al sitio de la masacre.

Permanecieron solo 20 minutos allí porque el alma no les aguantó para más. El olor ya era lo de menos. Ahora importaba mantenerse de pie sobre ese revuelto de sangre y escombros que amenazaba con hacerlos caer. Encontraron manos, orejas, pies..., ayudaron a sacar dos cuerpos aprisionados por un muro y salieron de allí sintiéndose abrumados.

Con ese sentimiento el español salió de la zona para escribir 'Los muertos no hablan', libro en el que da a conocer la escalofriante situación de los negros del Atrato y que escribió para exorcizar su memoria asqueada por la barbarie. Las regalías fueron destinadas a los habitantes del pueblo.

Jesús Abad se quedó para seguir el desarrollo de la situación que amenazaba con volverse invivible. Después de tomar varios rollos fotográficos, los voluntarios sepultureros lo nombraron como testigo y garante para asegurar que el dinero prometido les fuera entregado. Él improvisó un contrato a mano donde escribió los nombres de quienes participaron en tan penosa labor.

### **Momentos de inestabilidad**

Los habitantes se debatían entre la zozobra del desplazamiento y el miedo de caer en los combates a los que ahora se sumaba la atemorizante acción aérea de las Fuerzas Militares para recuperar la zona.

Durante el lunes 6 de mayo, cuando la Armada Nacional intentaba llegar a Bojayá escoltada por la Fuerza Aérea, ocurrieron enfrentamientos con las Farc frente al corregimiento de Napipí un poblado cercano perteneciente al Municipio de Bojayá.

En este operativo murió María Ubertina Mena, y dos personas más resultaron heridas. Las balas mortales provinieron de la Infantería de Marina. La mayoría de las viviendas ubicadas en la orilla del río, incluida la iglesia, recibieron impactos de armas de fuego en sus frentes y techos.

Jesús Abad llegó a Napipí y asombrado de que las Fuerzas Armadas dispararan contra la población civil fotografió lo sucedido.

Una frenada más

Simultáneamente, unos 20 periodistas que habían buscado en Quibdó la forma de acercarse a la zona de los hechos lograron emprender camino por el río, pero unos quince minutos después fueron detenidos por un retén del Ejército donde fueron interrogados y registrados.

Cuando se disponían a proseguir, el coronel Orlando Pulido, comandante del Batallón Manosalva Flórez, llegó tras una angustiada carrera por detener la marcha de la nave y cayó al agua. Embarrado, transmitió la orden del General Mario Montoya, entonces responsable de la IV Brigada, en la que negaba el paso a los periodistas. Estos, impotentes, tuvieron que retornar a la capital del Chocó.

Glemis Mogollón, redactora de El Tiempo en Medellín, era una de las periodistas que viajaba en la embarcación y que había buscado afanosamente la forma de llegar al Medio Atrato. El día anterior había conseguido un motor sin lancha, pero se quedó sentada junto a él porque, ante la inminencia del peligro, nadie se atrevía a tomar camino. Estaba desmoralizada.

En la misma situación se encontraban Javier Arboleda, redactor de la Unidad de Paz y Derechos Humanos de El Colombiano, y Donaldo Zuluaga el fotógrafo que lo acompañaba. El sábado anterior habían propuesto en Medellín el alquiler de un vuelo chárter pero en esa ocasión también el Ejército torpedeó la iniciativa. En Quibdó habían juntado los 14 millones de pesos que pedía un lancharo para transportarlos, pero a última hora el hombre se atemorizó. Ahora, ya lunes 6 de mayo, cuatro días después de la masacre y el tiempo implacable, empezaban a perder la paciencia.

La situación era diferente para los periodistas extranjeros. Los grupos insurgentes que por un lado amenazan e intimidan a los medios nacionales por el otro privilegian con su información a los internacionales.

Así sucedió con Karl Penhaul, enviado de CNN, que llegó por cuenta propia a Bojayá la noche del domingo y a la mañana siguiente fue invitado por los guerrilleros para que viera los maletines decomisados a los paramilitares en sus operaciones. Según las Farc, los periodistas extranjeros si cuentan la realidad del conflicto colombiano.

El martes siguiente, al 'gringo', que había despertado sospechas en la comunidad, se unieron Scott Wilson del 'The Washington Post' y otro colega de un diario extranjero. Estos dos periodistas con menos temor que los colombianos, habían violado la restricción del Ejército y llegaron hasta Bojayá en una embarcación alquilada. Para evitar los retenes, el hombre que la conducía los dejaba en la orilla del río metros antes y cruzaba solo el punto de chequeo mientras los comunicadores extranjeros caminaban por la manigua, y adelante los volvía a recoger.

Ese día por fin cesaron los enfrentamientos. Las Fuerzas Militares tomaron el control de los cascos urbanos de Vigía del Fuerte y Bojayá mientras los habitantes aturridos por el suceso se sentían acongojados por no haber podido realizar los rituales tradicionales de la muerte.

### **Muerte sin adiós**

Los sobrevivientes sentían que los muertos no estaban en paz. Los velorios y el novenario, los alabos, las oraciones, los adulatorios y los responsorios, rituales propios de los negros, se quedaron sin realizar. Las cantaoras, que desde tiempos ancestrales repiten retahílas de oraciones, sabían más que nadie el vacío que significaba obviar esos protocolos mortuorios.

Los 48 niños que murieron también se quedaron sin el gualí, esa costumbre africana conocida también como el chigualo en la que el cuerpo sin vida del



pequeño es alzado de mano en mano mientras se canta, se baila y se juega con él.

Padrinos, padres y amigos toman aguardiente y folclorizan la muerte. Cantan y lloran buscando que la mano del Buen Ángel Mayor lo conduzca a la morada de sus mayores. Es una ceremonia tranquila que rememora la celebración que los negros llegados de África hacían cuando uno de sus hijos moría porque se habían salvado de la esclavitud y los atropellos del hombre blanco.

La Iglesia Católica en el Atrato y en todo el Pacífico colombiano ha respetado esa cultura popular y la ha adaptado a su celebración. Al padre Antún todavía le cuesta trabajo coger la criatura sin vida, pero participa de los gualfés y velorios de nueve noches.

Por eso, entiende que lo que más afecta a la comunidad es no haber hecho el ritual autóctono para enterrar a los muertos. “Nosotros sólo hicimos una oración a nivel cristiano realizada con urgencia ante la putrefacción de los cuerpos y los combates incesantes, pero dentro del quehacer religioso africano sentimos que los muertos no han descansado, que están todavía deambulando por ahí, en el aire”, concluye.

A las 6 de la tarde del martes 7 de mayo un buque nodriza del Ejército colombiano desembarcó en las poblaciones ribereñas del Atrato. Aunque los guerrilleros habían anunciado su repliegue para evitar enfrentamientos, los bojayaseños temían por su seguridad y nuevamente corrieron a buscar refugio con los sacerdotes, que en esas zonas olvidadas del país tienen más poder y credibilidad que políticos y militares. Allí el Ejército infunde mucho más temor que respeto.

Atemorizado por el sonido de las hélices de los helicópteros, Luis Eduardo Mosquera, ‘Chan’, pensó por primera vez en salir de su propia tierra. En la mañana del miércoles, él y sus hermanos se unieron a la caravana de desplazados que sin esperanza tomaban rumbo a Quibdó.

Las tropas ingresaron al pueblo con soldados emparamados que intentaban restablecer la calma. Mientras, en la capital chocoana el General Mario Montoya realizaba una rueda de prensa en la que daba a los periodistas su versión de los hechos y les ofrecía transporte hasta Vigía del Fuerte.

A las 9 y 30 de la mañana de ese 8 de mayo seis helicópteros Black-Hawk se alistaban en el aeropuerto del Batallón de Quibdó. Uno de ellos fue adjudicado con 15 cupos para la prensa, que vio en esta una excelente oportunidad para acceder a la zona ante los infructuosos esfuerzos por llegar.

Afanados, se olvidaron del pacto en el que horas antes habían decidido que al menos un cupo fuera para un comunicador de la región. A empujones y arañazos intentaron subir todos. Según algunos periodistas el problema lo resolvió el General Montoya con una orden: “Se suben dos de RCN, dos de Caracol y dos de Noticias Uno y el resto miren cómo se acomodan”.

Donaldo Zuluaga, fotógrafo de El Colombiano, logró subir y pidió al General que permitiera el ingreso de su compañero Javier Arboleda. Montoya accedió y las naves despegaron.

Aunque para ellos la idea de viajar con uno de los bandos en conflicto no era buena, estaban tranquilos al pensar que después de siete días podrían llegar a Bojayá para contar lo que veían.

Desde el helicóptero, Donaldo Zuluaga consiguió una de las fotos más significativas para él: una imagen panorámica que mostraba el techo de la iglesia con el impacto letal y el sitio de donde provenían los artefactos.

Ya en Vigía, los periodistas atravesaron el Atrato para llegar hasta la iglesia de Bojayá donde los gusanos formaban un tapete macabro y el olor de la descomposición era abrumador.

No estuvieron más de treinta minutos en la población, sólo el tiempo necesario para presenciar la escena que protagonizó el general Montoya al llorar frente a las cámaras con un zapato de niño en sus manos.

### **Un 'actor' armado**

Esa imagen, que conmovió el corazón de los colombianos, es una de las situaciones más controvertidas de la masacre de Bojayá. De un lado están los testigos que se niegan a dar valor a las lágrimas del militar; del otro, están quienes las defienden como una expresión de profundo dolor frente a un hecho atroz.

Los que no creen argumentan que es poco probable ver un niño calzado en un pueblo tan pobre. Además, la hora en que comenzaron los combates tomó por sorpresa a los pobladores y muchos llegaron a la Iglesia vistiendo sólo pantaloneta. El detalle final que agregan para repudiar la actitud del General es una pregunta: ¿entre tanta sangre y escombros cómo podría quedar un zapato impecablemente blanco?

Por su parte, Adriana Aristizábal, que junto con Caracol y Noticias Uno transmitió la escena, asegura que destacó el hecho porque le sorprendió ver que un General de la República que ha combatido a la guerrilla y se ha formado como un hombre

duro, se acongojara de esa manera. Ella lo interpretó como un sentimiento espontáneo, y se niega a creer que haya sido un montaje planeado desde Medellín.

Mientras los medios de comunicación se ocupaban de las lágrimas del general Montoya, se preparaba la visita relámpago del entonces presidente de la República, Andrés Pastrana Arango.

Llegó el jueves en la mañana proveniente de Cartagena. Según Javier Arboleda, venía con un inocultable guayabo y un evidente desconocimiento de lo ocurrido. Luego, en su discurso prometió que Bojayá quedaría reconstruida antes del 7 de agosto de 2002, día en que culminaba su mandato. Las promesas no se han cumplido.

De regreso a Bogotá imploró por la presencia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas, Anders Kompass, quien viajó al lugar y regresó culpando por igual a guerrilla, paramilitares y Ejército. A las Farc, por causar la muerte a más de un centenar de civiles, heridas y lesiones a cerca de 80 más y la destrucción de bienes con cilindros de gas, arma no convencional. A las Autodefensas, por exponer a la población a los peligros de la confrontación armada y utilizarla como escudo. Y finalmente, al Estado por incumplir sus obligaciones de prevención y protección de la sociedad y por hacer caso omiso a las alertas tempranas enviadas desde Quibdó.

Aún con malestar por las observaciones del Comisionado de la ONU, Pastrana aprovechó el acontecimiento para lograr que las autoridades internacionales incluyeran a las Farc en la lista mundial de terroristas y conseguir así ayuda económica para combatirlas.

El jueves 9 de mayo Jesús Abad Colorado regresó a Medellín junto con los padres de la diócesis. Dejaba atrás esa tierra que ha visto bajar centenares de cadáveres por el río, que ha sido víctima de restricciones alimenticias, de abusos, de desplazamiento y de olvido.

### **El drama continúa**

Dos años después de la masacre, en Bojayá han cambiado pocas cosas. La miseria y el hambre siguen intactas. Las promesas del Gobierno siguen igual, sin cumplirse. El pueblo está inundado y la reubicación aplazada.

Los bojayaseños ahora viven en medio de un 'desfile de chalecos' de ONG que lejos de comprender las necesidades de la gente ofrecen ayudas inútiles como semillas que no son de la región, gallinas que requieren comida especial o

arbustos de los llanos orientales, según indica el Informe Noche y Niebla publicado por el Cinep y el Banco de Datos de Derechos Humanos en el segundo aniversario de la masacre.

Aunque inapropiadas, las ayudas generan división entre la comunidad. “A unos les dan y a otros no, y la gente se disgusta porque la cosa es para todos o para nadie”, dice un campesino que dio su testimonio a la Revista Semana. “Los desplazados lo perdemos todo... menos la dignidad”.

La salud mental del pueblo tampoco anda bien. Según el psicólogo Carlos Arturo Rojas del puesto de salud de Bojayá, después del atentado el alcoholismo y los deseos de morir han aumentado. Así mismo, los núcleos familiares están sufriendo una rápida descomposición, pues ante el miedo de perder a los seres queridos, la gente prefiere no crear nexos estables con nadie. Los bojayaseños no quieren querer.

Desde su retorno el 2 de Septiembre del 2002, el ‘Chan’ se ha negado a visitar la casa de su padre para evitar el dolor. Ha empezado a practicar boxeo, y en peleas de cuatro rounds dice haber noqueado a los más duros contendores, pero aún no ha podido con la tristeza y la desesperanza.

Frecuentemente viaja con sus hermanos Miguel Ángel y María a Medellín, donde atienden los problemas psiquiátricos en los que quedaron sumidos después de aquel 2 de mayo. En la Casa de Dios, hogar de beneficencia donde se albergan cuando van, Miguel Ángel destrozó contra las paredes todos los crucifijos como si reprochara a Dios por haberlos olvidado o intentara borrar el recuerdo del Cristo que quedó sin brazos en la iglesia San Pablo Apóstol de Bojayá.

Ese Cristo ahora descansa entre una urna de cristal y junto con el piso y el techo de la Iglesia instalados recientemente, y la pintura de la escuela son las únicas novedades en el pueblo. Igualmente, una valla sobre el muelle de la entrada del pueblo recuerda que: “El 2 de mayo de 2002 aquí las Farc asesinaron a 119 personas ¡Que no se nos olvide nunca!”.

Como un homenaje, el padre Antún Ramos escribió en las paredes de la iglesia los nombres de cada una de las víctimas y una pancarta gigante saluda a los feligreses.

Él sigue siendo el líder espiritual de la comunidad y ha tratado de reconstruir las almas de los pobladores. Con ellos conmemoró el primer aniversario de la masacre delineando en el piso de la iglesia un croquis del Chocó con 119 velas. Esa noche además de orarle al niño Jesús y a la virgen María, invocaron la protección de ‘Changó, dios de la Guerra y la Fecundidad.